

# La venganza de las víctimas

*Jesús Ferrero en La noche se llama Olalla teje una diáfana trama que es un buen estímulo para reflexionar sobre las víctimas.*

JOSÉ LÁZARO

JESÚS FERRERO, *LA NOCHE SE LLAMA OLALLA*, SIRUELA / POLICIACA, MADRID, 2013.

“La venganza es más dulce que la miel”, escribió Homero en un célebre verso. “Y habiendo miel, ¿a quién le apetece la sacarina?”, parecen pensar de forma unánime los personajes de *La noche se llama Olalla* y con ellos su lector. Lo apunta ya la cita de Sartre que abre el libro: “Detesto a las víctimas cuando respetan a sus verdugos”.

*La noche se llama Olalla* es una novela negra de línea clara. En ningún momento tendrá que preguntarse el lector quién es el que mató al chofer, porque los personajes son pocos y a quién mata cada uno está clarísimo. No hay intriga ni falta que hace: solo el relato de un crimen salvaje con violación múltiple, la evocación de la víctima, el dolor de la madre y el novio, la venganza sistemática de este último que va ejecutando en secreto, uno tras otro, a los asesinos, con el aplauso de la madre y el apoyo de la detective contratada por ella (antes de descubrir que sus deseos van a ser plenamente satisfechos). Curiosamente, la detective se limita a observar con satisfecha complicidad las ejecuciones

y, cuando es necesario, echar una mano al verdugo. Sería difícil encontrar en la literatura del género un detective privado más lacaniano que Ágata Blanc: lo único que hace es preguntar, escuchar y callar.

Para enfatizar más la brutalidad del crimen y la legitimidad de la venganza Ferrero va intercalando en el relato fragmentos del diario que dejó escrito la víctima: una inteligente chica de veinte años (demasiado maduras son en ocasiones sus reflexiones) que plasma cada día sus vivencias y las proyecta hacia el futuro, ignorando que para ella no hay futuro:

“A veces me da por pensar en todo lo que nos usurpan cuando nos quitan la vida. No solo hacen desaparecer nuestro cuerpo, también nos roban nuestros sueños, nuestras ilusiones, nuestros proyectos, nuestros deseos: todo lo que podríamos haber hecho. No nos roban simplemente la existencia, nos roban el infinito deseo que puede albergar una vida, nos roban la eternidad”.

Jesús Ferrero ha situado la acción en el Madrid de 2012 y la ha plagado de referencias a la crisis, el paro o los desahucios. Pero podría haberlas suprimido todas y poco cambiaría el libro: su verdadera fuerza no reside en las superficiales circunstancias con que lo decora, sino en el acierto con que refleja las constantes profundas de la conducta humana, que son, por cierto, las mismas que de forma insuperable quedaron ya narradas en los textos de Homero. Porque las víctimas españolas del siglo XXI son tan humanas como las descritas en la *Ilíada* y la *Odissea* hace tres mil años, con la diferencia de que las de entonces tenían mucha más libertad de expresión: nadie les obligaba a disimular sus sentimientos. La gloria de los héroes homéricos exigía que a toda ofensa siguiera una implacable venganza. A las víctimas de entonces ningún periodista se hubiese atrevido a preguntarles: “¿Y perdona usted a los asesinos de su hijo?”. Cuando el mundo era sincero y la gente espontánea, la grandeza de un héroe se medía por la ferocidad de su venganza.

La eficacia narrativa de Jesús Ferrero la comprueba el lector al concluir la novela y darse cuenta de que, al igual que los personajes de la ficción, él mismo, mientras estaba metido en la trama, tampoco se ha parado a pensar que existen policías y jueces: hasta ese punto se ha dejado llevar por la convicción tácita de que muy poco se puede esperar de ellos. Y a partir de ese punto empieza la reflexión que un buen

relato es capaz de suscitar haciendo que el lector siga las sugerencias de la trama más allá del punto en que el narrador las ha dejado. Y son esas reflexiones las que, apuntando a los grandes temas eternos, iluminan directamente las circunstancias concretas del presente.

La naturalidad con que los personajes (y el lector) de Ferrero prescinden de todo el sistema policial y jurídico para entregarse (en la ficción, naturalmente) a la espontaneidad de las pasiones vengadoras es un claro reflejo del hecho que muchas veces ha analizado Ferrero: la profunda artificiosidad de la Ley, cuyo fundamento histórico último es la pura voluntad de los guerreros victoriosos y el aplastamiento de los vencidos. El orden social, una vez establecido, permite reducir en gran medida la violencia global, a costa de monopolizar el derecho a ejercerla como castigo y hacerlo en una medida que las víctimas, inevitablemente, considerarán siempre muy escasa. Pero ese orden, cuyo valor se identifica con el de la propia cultura, precisamente por lo artificial y antinatural de su origen es tan difícil de construir como fácil de destruir, basta una convulsión para que se agriete como un frágil cristal. Por eso cuando surge la ocasión de prescindir de la legalidad y entregarse a una orgía vengativa (ese es precisamente el argumento de *La noche se llama Olalla*) la pasión que se desata es catártica como solo puede serlo la que resulta de dar rienda suelta a las auténticas raíces de la fiera humana que todo humano lleva en el fondo de sí mismo.

Y estos temas perennes se proyectan cada día en nuestra más cercana cotidianidad. Así en España los partidos políticos se disputan el apoyo de las víctimas y cada vez que se acercan unas elecciones empieza la competencia impúdica: “Víctima bonita, ¿tú a quién quieres más, a papá o a mamá?”. Pero nunca se atreven a decir claramente lo que quizá permitiría empezar a comprender el verdadero drama de los humillados y ofendidos: que el deseo natural de toda víctima es la más feroz de las venganzas, porque lo natural, en el plano psicológico, es desear al agresor todo el daño que sea posible; muy superior, desde luego, al que él nos ha causado. Desde la perspectiva *personal*, la justicia nunca logrará ser más que un mediocre sucedáneo de la venganza. Y cuanto más brutal el crimen, más natural e intenso el deseo de vengarlo.

Si alguien quiere realmente ayudar a las víctimas, lo primero que debe hacer es dejarles claro que acepta la verdad. Y la verdad es que el alma de toda víctima lo que pide es venganza, porque eso es lo natural, lo espontáneo, lo profundo, lo psicológicamente inevitable.

Pero también es verdad que el deseo de venganza es tan legítimo en la fantasía como inaceptable en la realidad. La renuncia a ese deseo es tan antinatural e imperativa como todos los demás logros que llamamos “civilización”, sin pagar ese precio no hay posibilidad de orden alguno ni respeto a otra ley que la de la selva. Si es cierto que civilizarse es el ejercicio de desnaturalizarse, también lo es que los impulsos reprimidos (con gran esfuerzo) siguen actuando en la fantasía, presionando con la amenaza de volver, recordando que la fiera está atada pero no muerta, que a la primera ocasión volverá a dar un zarpazo.

Al resignarse a las tibias compensaciones de la legalidad, las víctimas de la violencia nos recuerdan cada día la lucidez con que Freud analizó la construcción de la cultura mediante la renuncia a los impulsos más básicos. Pero las víctimas de la violencia merecen que al menos las libremos del burdo ritual con que son presionadas para hacerles decir, con la boca pequeña, que “perdono al asesino de mi hermano, con tal de que esto no vuelva a pasar”. Se merecen que al menos les digamos en voz alta que entendemos y respetamos su profundo deseo de venganza y aplaudimos su esfuerzo para no realizarlo y resignarse civilizadamente a la justicia. Porque, si nos pasase a nosotros lo que les ha pasado a ellas sentiríamos, como ellas, que la ley del talión es excesivamente moderada.

*La noche se llama Olalla* es una entretenida novela policiaca cuya diáfana trama consigue demostrar que algunos libros “de género” pueden ser a la vez un buen estímulo para el desarrollo de reflexiones tan generales como personales.



JOSÉ LÁZARO ES PROFESOR DE HUMANIDADES MÉDICAS EN LA UAM. AUTOR DE *VIDAS Y MUERTES DE LUIS MARTÍN-SANTOS* Y *LA VIOLENCIA DE LA FANÁTICOS. UN ENSAYO DE NOVELA*.